



## PENSAR: UNA PRUEBA DECISIVA

*Andrés Vélez Posada\**

### **RESUMEN**

El texto pretende seguir las palabras de Martin Heidegger en aquellos momentos en los que habla de lo que significa pensar para nuestra existencia. De esa manera, se presenta aquí una interpretación que hace énfasis en una experiencia del pensar alejada notablemente de las estrategias de la ciencia técnica, de sus reducciones positivas del mundo, y de las cómodas aventuras enciclopédicas de las academias; se muestra el pensar, en cambio, como un saber práctico que se mantiene atento a la difícil experiencia de la existencia en marcha, abierta en el tiempo, manifiesta en su ausencia originaria.

### **PALABRAS CLAVE**

Heidegger, pensamiento, tiempo, existencia, filosofía contemporánea.

### **ABSTRACT**

This text aims at tracking Martin Heidegger's words on the meaning of thinking. Thus, this paper presents an interpretation which emphasizes the experience of a thought greatly disassociated from the strategies of science and its positive reduction of the world, as well as from the comfortable encyclopedic adventures of Academy. Thinking is therefore shown as practical knowledge that keeps guard on the rough experience of an ongoing existence which is manifested in its originary absence through time.

### **KEY WORDS**

Heidegger, thinking, time, existence, contemporary philosophy.

---

\* Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana.  
Dirección electrónica: [ivan.carmona@upb.edu.co](mailto:ivan.carmona@upb.edu.co)

Artículo recibido el día 13 de agosto de 2007 y aprobado por el Comité Editorial el día 24 de agosto de 2007.

I

Justo allí donde hay confianza y seguridad de estar pensando, la pregunta “¿qué significa pensar?” retumba por su radicalidad, por una posición que reta y que cuestiona a un acto que, se supone, ya se mantiene asegurado. La academia, las huestes de filósofos y catedráticos ponen cara extrañada. Su negocio se ve afectado. Entre otros textos en los que tal pregunta es resonancia de reflexión, Heidegger escribe en uno:

La prueba de si nos limitamos a coleccionar nociones, de si nos limitamos a tomar metas educativas caducas como pretexto para la ausencia de meditación o de si queremos encaminarnos hacia la meditación, esa prueba, digo, es algo a lo que debemos someternos a nosotros mismos. Para ello se precisa de libertad interna, mas también de oportunidad para empezar a experimentar, en suma, por una vez, el modo en que se lleve a cabo una meditación y lo que a ella compete<sup>1</sup>.

Como se ve, la pregunta engendra –aparte de una radicalidad al cuestionar prejuicios y supuestos– un reto, una prueba por la cual la academia, la erudición, el negocio y el cinismo de la cátedra se ponen en suspenso: ¿dan vías para una entrega a la meditación, al pensar, o más bien huyen y se esconden de tan fuerte experiencia en el plan de estudios, en comentarios y en guías? Una doble posibilidad se juega en este punto: se piensa o no se piensa. Y, si no se piensa, ¿por qué no hemos pensado en ello? ¿Por qué no pensar en nosotros mismos que damos la espalda al pensar? Sin ser pretenciosos, esta perspectiva es la que podemos empezar a rodear.

De igual manera, podemos abordar a Heidegger y a su preguntar de dos formas. Podemos hacer un uso de sus juegos de palabras en un escrito coherente, dando una imagen de experto en el tema. Y así, como se habla del pensar, de las coyunturas de su pregunta, se tendría la ilusión y el

---

<sup>1</sup> HEIDEGGER, MARTÍN. *Conceptos fundamentales*. Introducción. Barcelona: Altaya, 1995.

efecto de que sí se piensa: un cuadro común en las academias que nos dan a entender esto que decimos. Pero tal estrategia no parece dar más frutos fuera de un juego arbitrario, sin carácter, sin “libertad interna”, sin honestidad y sin la radicalidad de una meditación. La otra forma se encamina a la escucha de las palabras para abocarnos al pensar, una invitación o, por lo menos, un comienzo para forjar una decisión a pensar.

Si nos situamos dentro de nuestras nociones comunes, la pregunta ¿qué significa pensar? parece ser entendida, pues tenemos una precomprensión de lo que significa, y en virtud de la cual decimos e indicamos qué es pensar y qué no lo es. Estas distinciones son el poder que detentan, en general, las academias (manejo de textos y erudición historiográfica, flexibilidad en el uso técnico de la lógica, planificación y proyecto anticipador son paradigmas para diagnosticar cuándo se piensa y cuándo no). Sin embargo, estas precomprensiones no son a las que parece apuntar el pensar y meditar que Heidegger atiende, algo tan decisivo, tan radical, que sobrepasa a todo proyecto calculador<sup>2</sup>.

La lógica, a lo sumo, piensa sobre el pensamiento, pero se estanca en el esquematismo y pretende reducir al pensar a leyes que censuran ciertos giros. Si bien la lógica pretende extender el espectro de la coherencia y la comprensión, su esencia de tratado y de forma vacía (no busca contenidos) hace del pensar un sistema (pensamiento) y desecha las condiciones de la experiencia y la relación con el mundo. El colmo de la lógica es su uso instrumental, de manera calculadora, para elaborar conocimientos totales; germen éste de toda metafísica dogmática.

---

<sup>2</sup> Este ámbito precomprensivo, que no es el que señala Heidegger como el pensar auténtico, es lo que Carlos Vásquez en *El pensar o la palabra vacía* llama “el pensamiento”, diciendo que “[el] pensamiento pertenece al proyecto, elaboración sistemática del edificio de la razón, animada por una inquebrantable voluntad que hincha a los cuerpos en posiciones pétreas”. A partir de aquí distinguimos entre pensar y pensamiento. VÁSQUEZ, Carlos. *Pensar o la palabra vacía*. En: Revista Escritos. Medellín. Vol. 3, No. 9 (Jul-Dic. 1978); pp.92-95.

La ciencia, cuyo móvil esencial es la técnica, propiamente hablando, no piensa, pues ella se fundamenta por la racionalidad procedimental en la cual el mundo es un mero concepto susceptible de ser objetivado por un sujeto que somete. Y el pensar en Heidegger no apunta a captar objetos bajo conceptos. El espíritu científico no va más allá de su positividad: encargarse de resultados y funcionamientos del proyecto.

La historiografía moderna que irrumpe en todas las disciplinas (en la filosofía se ha convertido incluso en línea investigativa), se somete a categorías esquemáticas de novedad y antigüedad, propiciadas por el afán calculador de la periodización: mástil metodológico (y de censura) del quehacer histórico. En lo respectivo a la filosofía, ésta deviene un cúmulo de cronologías y sucesiones de información, menos que una historia de la filosofía, es una historia de las ideas que no logra salir de un sistema enciclopédico... pero, como decíamos, el que en filosofía los temas sean tan “profundos y graves” y que tengan que ver con el pensar, hasta la lectura de este tipo de enciclopedias dan el efecto de que pensamos. Tenemos entonces que tal precomprensión del pensar, como pensamiento, obedece a una esencia técnica ligada al uso y al negocio. No encontramos allí eso que se anotaba antes de “libertad interna” y condiciones para una “oportunidad para empezar a experimentar”. Tal experimentar-pensar no quiere ser nublado por anecdotarios ni por respuestas ya dadas. Traer al mismo Heidegger para estos efectos es como si quisiéramos decir a la vez, ¡Y Kant dice esto, y Spinoza aquello, pero Descartes dijo antes que...! Todas ellas, respuestas que son decisivas en muchas encrucijadas del pensar, pero que usadas de aquella manera hacen peligrar nuestro intento de experimentar, ahogándonos en el procedimiento técnico e informático.

Pregunto entonces, ¿para qué traer o llegar a Heidegger? Ya se ha dicho que no para usarlo como baúl de respuestas (quien hace una pregunta desde esta intención sólo puede significar: que no quiere pensar; que quiere sobresalir por su información –las preguntas retóricas que llevan su respuesta adentro, esa sutileza de la pedancia–; o que quiere que otro lo ilustre, le

responda). ¿Cómo traer o llegar a Heidegger? Buscando un aire más necesario, más cósmico, que señale a un problema, a una cuestión con la vida y su mundo... esa aureola que poseen algunos escritos, esa ráfaga que emerge del mero documento, de la materialidad literaria, ya no para un apunte de erudición, ya no un dato para repetir sino, en cambio, una idea que se mueve y se siente, unas palabras decididas que comenzamos a usar con más fuerza y atención, un sentimiento que nos enfrenta con la vida y no ya con otro texto que se juega en el ámbito académico con los argumentos de autoridad\*. La pregunta de Heidegger por el pensar es a la vez una pregunta por la existencia, por la estancia humana (más adelante volveremos sobre esto).

Vemos cuán radical es la pregunta y la prueba que lanza Heidegger. “El asunto del pensar no es nunca otra cosa sino esto: desconcertante, y en tanto más cuanto más libres de prejuicios estemos al salir a su encuentro”<sup>3</sup>.

## II

Un pensar que no se reduzca al proyecto de un pensamiento, que sea una acción pura y mantenida sólo puede tener lugar desde una decisión. Mas no una mera voluntad, un mero deseo; el querer-pensar debe ser un poder-pensar, así pues, la decisión se hará decisión decisiva. “En cuanto animal racional el hombre debería poder pensar siempre que lo desee. Pero acaso

---

\* Pues la academia, pese a su ideal origen griego es la mayor de las veces un espacio para el diletantismo y para textos enfrentados entre sí, tanto que la experiencia del pensar sólo es un pensamiento que va hasta donde haya un punto a parte, sometido a una cultura escrita dogmática. No obstante, la academia, a su vez, quiere presentarse como espontánea, vital, pero no puede, pues así de fuerte es su carácter calculador. Eso es lo que la hace risible ante la movilidad libre y decidida de la experiencia vital. Interesante poner de relieve esa “crisis” académica, que la comedia siempre desenmascara (recordemos a Aristófanes y al filósofo caricaturizado).

<sup>3</sup> HEIDEGGER, MARTÍN. *¿Qué significa pensar?* Buenos Aires: Ed. Nova, 1972.

el hombre pretenda pensar sin que, no obstante, pueda hacerlo. Por ventura sea excesivo lo que pretende al querer pensar, resultando, por esto, insuficiente cuanto puede”<sup>4</sup>. Este es el salto más difícil a librar: poder mantenerse en el pensar, poder hacerlo (que sea constante, decisivo, mantenido, en reunión, en atención).

Según esto la meditación cartesiana claudicó en este punto. Si bien ella decidió algo con respecto al mundo y al hombre mismo, ella no libró el salto, no se comprometió con la experiencia del pensar. El patetismo de la meditación cartesiana se evidencia cuando dice: “Yo soy, existo, esto es cierto; pues acaso podría suceder que, si cesase por completo de pensar, cesara al propio tiempo por completo de existir”<sup>5</sup>. Fuera de todo corpus sistemático que podamos decir respecto a Descartes, hay en estas líneas algo fundamental: la relación entre la existencia y el pensar. El pensar abre y evidencia la existencia, la patentiza; por eso se necesita, con decisión, mantenerse en el pensar. Sin embargo, este patetismo y agonismo del pensar se pierde luego en Descartes, se convierte en pensamiento fundado en Dios, así, lo que estaba en todo su furor, jugándose la verdad de la existencia, se asegura de modo **fugitivo** en una estructura sistemática y proyectada, bajo el concepto cómodo de un Dios-otro que garantiza el pensamiento.

Heidegger hace énfasis en lo desconcertante del pensar precisamente por esto. El pensar se las debe haber consigo mismo, él debe hacerse experiencia, pasión, y sentirse en tanto tal. Para pensar hay que mantenerse en el pensar, y para mantenerse hay que poder hacerlo, tener la disposición de aplicarse a él; la decisión, decimos, debe ser esencial. Como se ve, el pensar se dimensiona como una actitud, un comportamiento, un saber ético, en tanto que disposición del carácter para obrar de una manera, de ahí lo existencial del pensar. Hay que “renunciar a lo usual, que al mismo tiempo es lo cómodo.

---

<sup>4</sup> Íbid.

<sup>5</sup> DESCARTES, RENÉ. *Meditaciones metafísicas*. Madrid: Austral, 1999. Segunda meditación.

Tenemos que comprometernos con una actitud que no precise de conceptos particulares previos, ni científicos, ni filosóficos (...) aquí son sólo un obstáculo, pues lo único que aquí se requiere es estar presto a poner en juego la esencia del hombre”<sup>6</sup>.

Pensar es un saber ético, casi un talante, pues obedece a un modo de ser, a un carácter que se compromete con el desconcierto y a la vez con la decisión de no reducir al pensar a un pensamiento objetivador que **se fuga** de la encrucijada con la existencia, con “aquello” que nos envuelve en cada momento, y que nunca podemos reducir a objeto definitivamente (el mundo de la vida, la existencia, el ser). Eso es lo difícil del pensar: mantenerse en ese flujo donde no parece haber claridad y seguridad fuera de la que nosotros mismos podamos darnos de forma pasajera. Por eso decimos: pensar es aplicarse. Hay una aplicación del carácter a lo que debe ser pensado, aplicación del pensar a su morada. Morada que es inabarcable y que por eso siempre hace retornar al pensar para comenzar de nuevo, para hacerlo hablar. Que el pensar sea originario es lo mismo que decir que la aplicación deja siempre abierta la morada, es decir, que no se reduce a un objeto de pensamiento, sino que resurge siempre en el acontecer de la experiencia, manteniéndose.

Decimos entonces: pensar es una manera aplicada de estar abierto a la existencia, a la afección de una ausencia que nos atrae pero que avanza y se aleja cuando pretendemos saber con más seguridad dónde está. Yendo allí, donde la morada se sustrae, quedamos apenas señalando, como un signo desconcertado, pero anhelante y rebosante pues eso que se sustrae es lo que al pensar más le atrae.

Dice Heidegger: “Concebir el fundamento en cuanto saber, es un estar y una actitud. Este saber del fundamento es más originario (...) más íntimo que cualquier sentimiento al uso”<sup>7</sup>. Por ello también decimos: mantenerse

---

<sup>6</sup> HEIDEGGER, MARTÍN. *Conceptos fundamentales*. Introducción. Barcelona: Altaya, 1995.

<sup>7</sup> HEIDEGGER, MARTÍN. *Conceptos fundamentales*. Introducción. Barcelona: Altaya, 1995.

en el pensar es un temple de ánimo atento a la existencia como fundamento, que recuerda y reúne el tiempo de la atención, que recuerda la tarea de mantenerse en el pensar y, a su vez, espera aquello que se abre, que se muestra en su ausencia en la actitud de atención. Es pues, como en San Agustín y el tiempo, una distensión del ánimo: atención presente, que se divide en recuerdo y memoria de una existencia que ya no es, y en esperanza del advenir, de lo que aún no es. No hay, entonces, proyecto, plan o método; hay sentimiento y presentimiento, “recuerdo interiorizante” de lo que siempre recomienza, de lo que nunca puede ser apresado en un estado positivo de las cosas, de una existencia que está abierta a la corriente del tiempo, una existencia que se manifiesta como ausencia, tanto en el recuerdo, en la atención y en la esperanza. Se patentiza cuál es la estancia difícil del pensar decisivo: la existencia y el tiempo.

### III

Tenemos con nosotros una certeza del pensar: en su decisión se juega la libertad esencial, la existencia y su manifestación. Darle la espalda al pensar es olvidarnos de nosotros mismos. Heidegger al respecto escribe:

En tal recuerdo interiorizante somos nosotros mismos los que estamos en juego aunque, en cuanto que ejemplares de hombres meramente presentes y grupos humanos existentes, sigamos siendo nosotros mismos algo indiferente (...) donde quiera que sea estamos nosotros mismos en juego; esto es: está en juego la verdad que nos determina y que quizá se ha tornado desde hace mucho tiempo incognoscible<sup>8</sup>.

La pregunta por el pensar es pregunta por el hombre y la existencia. Sentimos el vínculo entre ello. Y esto debido a que pensar no es otra cosa que hablar decidido. Pensar nos remite al lenguaje. Pensar la existencia (la totalidad de

---

<sup>8</sup> Ibid.



lo ente) es habitar despiertos en el lenguaje, pues por el lenguaje accedemos a ella, a sus huellas. Aquí está la clave de la meditación: en la decisión del pensar y del lenguaje se juega la verdad y la interpretación del mundo, de nosotros mismos; cada palabra decide nuestro mundo interpretado. En buena parte, Wittgenstein señalaba a lo mismo cuando decía: “La expresión *juego del lenguaje* debe poner de relieve aquí que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida”<sup>9</sup>. Una decisión sobre el lenguaje media una actitud, un modo de ser, que puede ser representativo, imperativo, objetivador, atento, violento, místico.

Me atrevo pues a sentar esta vía de interpretación en la ráfaga de las sugerencias de Heidegger: la decisión sobre el lenguaje determina la experiencia. El ejemplo: en la modernidad el lenguaje está constituido por un Yo constituyente, de ahí que el mundo se reduzca también a ser objeto de una Subjetividad. Esta vía sustenta que el hombre presente en el lenguaje una presencia del fundamento que lo aborda. De otra parte, y también como ejemplo, basta caer en la cuenta del papel que han desempeñado unas cuantas metáforas en la figuración de nuestro mundo: el alma como guía o conductor del cuerpo, el mundo como libro para descifrar, la verdad como luz y claridad.

Ante tal horizonte, la experiencia más enriquecida, más íntima, más esencial y más libre será la que el hombre deba mantener. De múltiples experiencias del pensar, Heidegger apunta a ésta, a la más originaria, a la que le da la cara al mundo en su devenir eterno, dejándose envolver por ello, hablando con decisión y arriesgando una palabra sentida y memoriosa. Una decisión esencial (con carácter) en el lenguaje, ya que él se presenta como experiencia misma, como cenáculo de la existencia, y no como un objeto: el lenguaje es el signo manifiesto, la huella, de esa ausencia que es el existir en marcha, y por eso ¡hay que hablar!; el pensar se entiende como una actitud originaria

---

<sup>9</sup> WITTGENSTEIN, LUDWIG. *Investigaciones filosóficas*. México: UNAM Crítica, 1988. § 23, Parte I.

(que no original), inspirada por una idea primigenia de lo griego, que no perece en la tiranía metafísica de la técnica y donde un sentido temblor de desconcierto, atención, memoria y esperanza forjan, a la vez, una experiencia originaria de la existencia.

### *Bibliografía*

DESCARTES, René. *Meditaciones metafísicas*. Madrid: Austral, 1999.

HEIDEGGER, Martín. *Conceptos fundamentales*. Introducción. Barcelona: Altaya, 1995.

\_\_\_\_\_, ¿Qué significa pensar? Buenos Aires: Ed. Nova, 1972.

VÁSQUEZ, Carlos. *Pensar o la palabra vacía*. En: *Revista Escritos*. Medellín. Vol. 3, No. 9 (Jul-Dic. 1978); pp.92-95

WITTGENSTEIN, Ludwig. *Investigaciones filosóficas*. México: UNAM Crítica, 1988. 